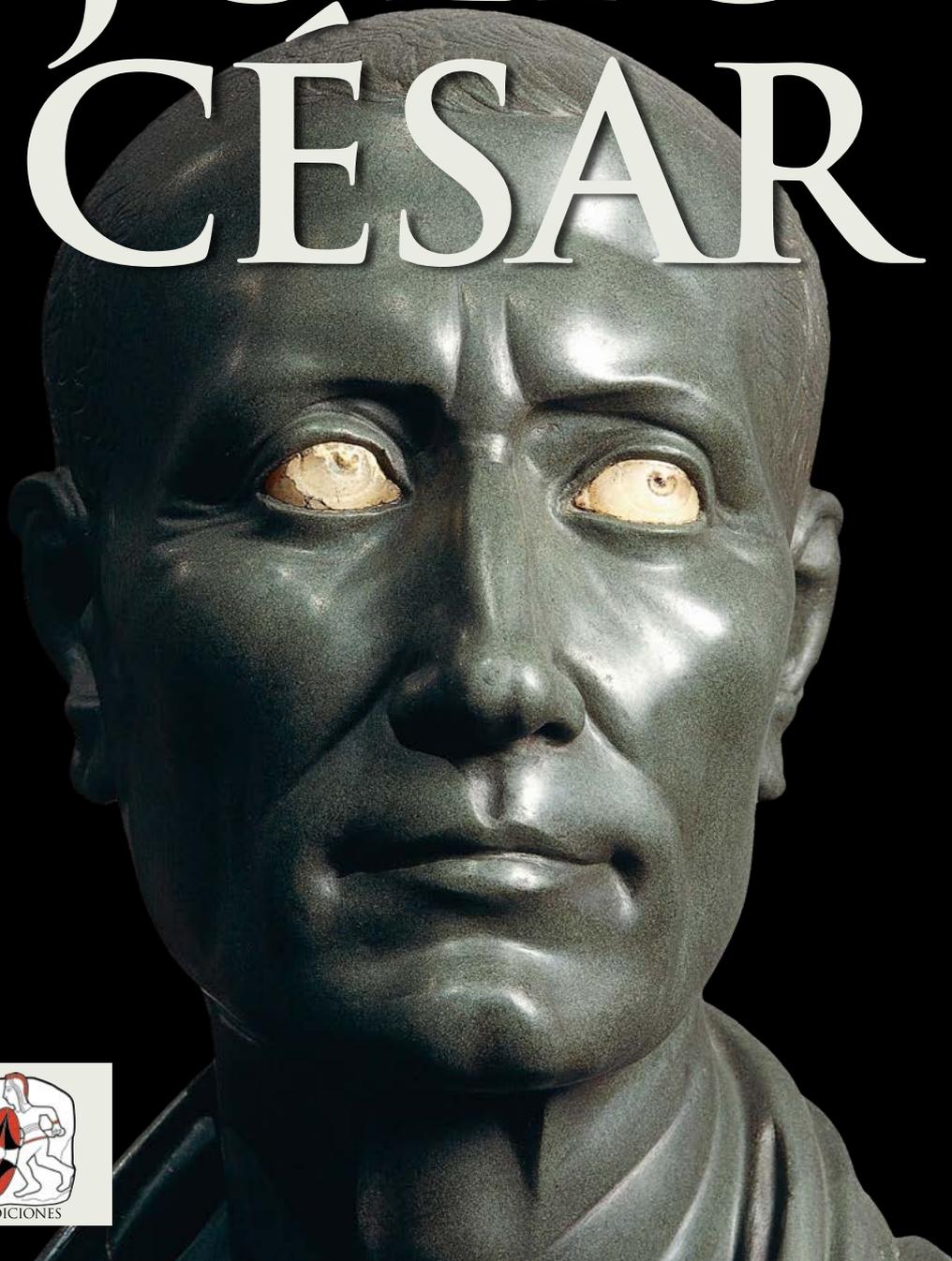


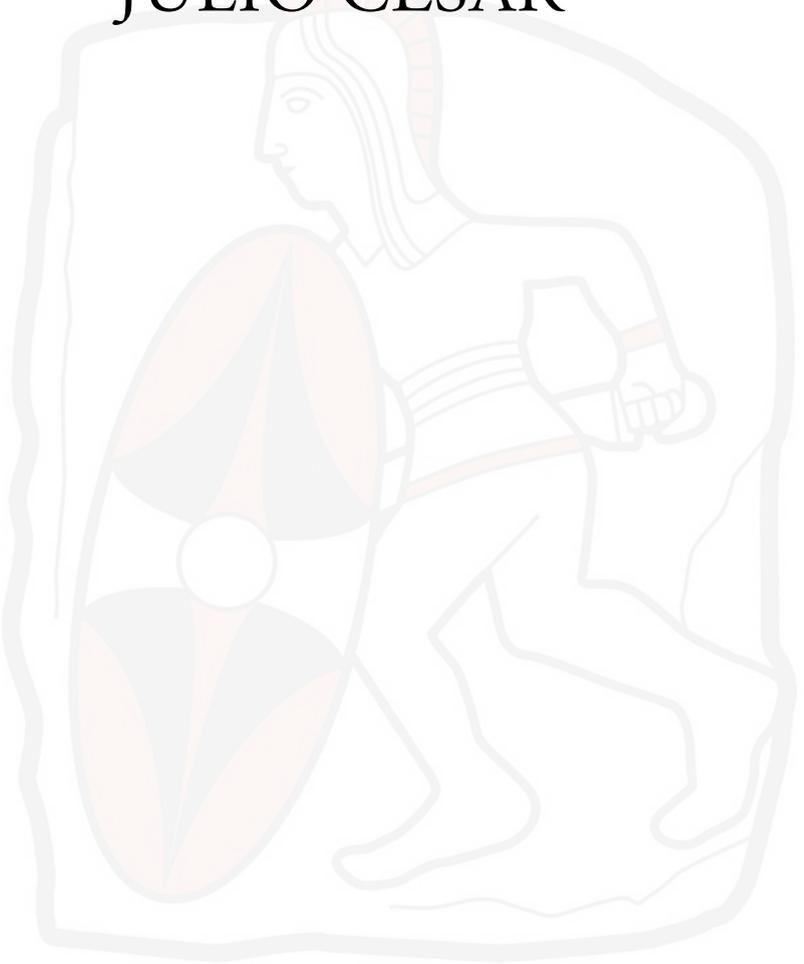
PATRICIA SOUTHERN

JULIO CÉSAR



JULIO CÉSAR

DESPERTA FERRO



EDICIONES

JULIO CÉSAR

Patricia Southern

DESPERTA FERRO

EDICIONES



Julio César
Southern, Patricia
Julio César / Southern, Patricia [traducción de Jorge García Cardiel].
Madrid: Desperta Ferro Ediciones, 2022. – 432 p., 8 de lám. : il. ; 23,5 cm – (Historia Antigua) – 1.ª ed.
D.L.: M-5241-2022
ISBN: 978-84-123817-0-2
929JULIO CÉSAR
94(460).01

JULIO CÉSAR

Patricia Southern

Título original:

Julius Caesar. A life

This translation of Julius Caesar: A Life is published by arrangement with Amberley Publishing. The right of Patricia Southern to be identified as Authors of this Work has been asserted by them in accordance with sections 77 to 78 of the Copyright, Designs and Patents Act 1988.

Esta traducción de Julio César se publica según acuerdo con Amberley Publishing. El derecho de Patricia Southern a ser identificada como autora de esta obra ha sido ratificada por ellos conforme a las secciones 77 a 78 de la Ley de derechos de autor, diseños y patentes de 1988.

© 2018 by Patricia Southern

ISBN: 978-1-4456-5045-6

© de esta edición:

Julio César

Desperta Ferro Ediciones SLNE

Paseo del Prado, 12 - 1.º derecha

28014 Madrid

www.despertaferro-ediciones.com

ISBN: 978-84-123817-0-2

D.L.: M-5241-2022

Revisión técnica: Alberto Pérez Rubio

Diseño y maquetación: Raúl Clavijo Hernández

Cartografía: Carlos de la Rocha Prieto

Coordinación editorial: Isabel López-Ayllón Martínez

Traducción: Jorge García Cardiel

Primera edición: abril 2022

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

Todos los derechos reservados © 2022 Desperta Ferro Ediciones. Queda expresamente prohibida la reproducción, adaptación o modificación total y/o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento ya sea físico o digital, sin autorización escrita de los titulares del Copyright, bajo sanciones establecidas en las leyes.

Impreso por: Stock Cero Dayton

Impreso y encuadernado en España – *Printed and bound in Spain*

ÍNDICE

Prefacio	VII
1. César: una vida extraordinaria	1
2. Los últimos años de la República romana	25
3. La familia de César y sus primeros años, 100-83 a. C.	51
4. Primeros pasos en política, 83-69 a. C.	79
5. César, senador, 69-63 a. C.	107
6. Pretor y propretor, 62-60 a. C.	143
7. Cónsul, 59 a. C.	165
8. César, las Galias y el Ejército romano, 58-50 a. C.	197
9. Galia y Britania, 58-50 a. C.	231
10. El camino hacia la guerra, 58-50 a. C.	275
11. La escalada y el estallido de la Guerra Civil, 50-48 a. C.	303
12. La Guerra Civil, 48-47 a. C.	327
13. África e Hispania, 47-45 a. C.	361
14. Desenlace, 45-44 a. C.	389
Bibliografía	415
Índice analítico	419

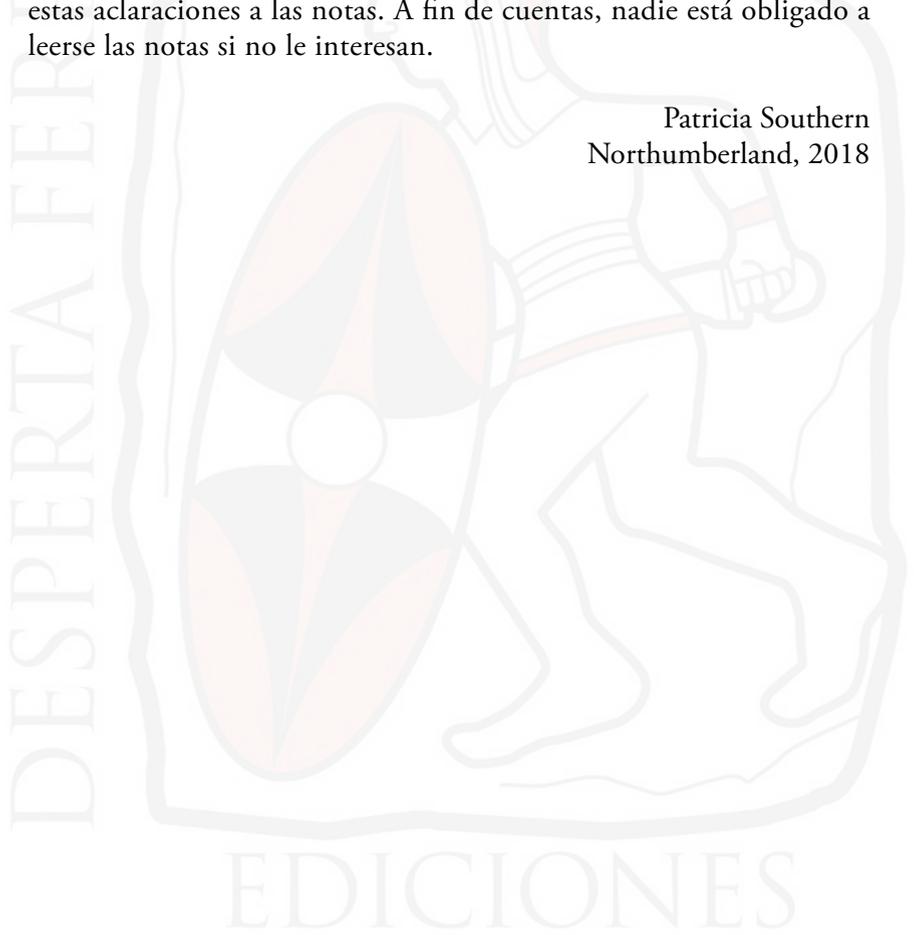
EDICIONES

PREFACIO

La mayoría de los autores que han escrito sobre César han tenido que afrontar dos dilemas de partida. En primer lugar, el objeto de estudio se revela imponente y abrumador, habida cuenta de las connotaciones heroicas y sobrehumanas de las que se ha cargado su figura. Pero todavía resta otro problema: ¿hemos de afanarnos en incluir notas y referencias bibliográficas, o debemos limitarnos a escribir un libro? Un tratamiento completo de todos los trabajos escritos sobre César requeriría de toda una vida, por lo que hemos de seleccionar cuáles incluir y a qué capítulos recurrir para discutir sus ideas e interpretaciones sobre los distintos acontecimientos de su vida. Las fuentes primarias a nuestra disposición, además, son disparejas. Los autores antiguos apenas nos proporcionan datos relevantes para reconstruir los primeros años de César, pero desde el momento en el que este irrumpió en la vida política y comenzó a ser conocido, el volumen de información aumenta de forma exponencial, entre otras cosas gracias a sus propias composiciones literarias sobre las guerras que protagonizó. De hecho, tendemos a considerar testimonios de primera mano indiscriminadamente todas las fuentes antiguas, cuando es evidente que no siempre lo fueron: pensemos en que algunos autores grecorromanos escribieron en un momento muy posterior a la muerte de César, por lo que sus crónicas son una fuente casi tan secundaria como la de cualquier historiador moderno. Nuestras fuentes primarias se circunscriben a los escritores contemporáneos que, como Cicerón, conocieron en persona a César, a sus amigos y a sus enemigos, y que protagonizaron junto a ellos una de las épocas más turbulentas de la historia de Roma. Mas, aun estableciendo esta distinción neta de los autores antiguos entre fuentes contemporáneas (y, por consiguiente, primarias) y escritores posteriores (fuentes «casi secundarias»), resta todavía el problema de evaluar la calidad de la

información presentada: ¿la visión que nos trasladan los autores antiguos fue ecuánime, o estaba profundamente sesgada? ¿Nos cuentan la verdad tal como ellos la percibieron, o nunca permitieron que esa «verdad» echara a perder una buena historia? Todas estas reflexiones bastarían en sí mismas para escribir un libro aparte, por lo que es posible que la mejor opción para una bibliotecaria y escritora como yo, acostumbrada a la búsqueda de fuentes y adiestrada para reconocerlas, sea simplemente zambullirse en la vida de César, informando al lector de quién dijo qué y por qué lo dijo, pero restringiendo todas estas aclaraciones a las notas. A fin de cuentas, nadie está obligado a leerse las notas si no le interesan.

Patricia Southern
Northumberland, 2018



1

CÉSAR: UNA VIDA EXTRAORDINARIA

Cayo Julio César fue, sin lugar a dudas, un individuo legendario. Su figura está a la altura de la de Alejandro Magno, tal como supo ver Plutarco, quien no vaciló en equiparar a ambos personajes en sus *Vidas paralelas*, las biografías en las que el erudito comparaba a los héroes y villanos griegos con sus equivalentes romanos. Y es que, como sucedió con Alejandro, el nombre de César continuó resonando a través de los siglos, convirtiéndose a la postre en un título empleado por los emperadores romanos para distinguir a sus herederos y sucesores, y reemergiendo en momentos más recientes para designar al káiser en Alemania o al zar en Rusia. Ahora bien, el epíteto que acabo de emplear, «legendario», no implica relegar a César al reino de lo mitológico, donde la fantasía impera sobre la realidad, sino que alude a un personaje colosal, de una inteligencia suprema, siempre victorioso y situado muy por encima de sus insignificantes contemporáneos, hasta el punto de que cualquier embellecimiento o exageración de su historia termina fundiéndose con ella y convirtiéndose en una parte indisoluble de la misma, pues en las biografías de estos sujetos todo es verosímil, por fantasioso que parezca. Hasta cierto punto, podemos observar idéntico proceso acumulativo en personajes mucho más recientes, pero asimismo legendarios como George Washington, Napoleón Bonaparte o Winston Churchill. Conocemos y podemos verificar muchos más datos sobre estas personalidades modernas que sobre sus correlatos antiguos, mas ello no obsta para que la percepción de sus biografías vaya experimentando cambios significativos, sutiles o no, con cada cambio de época. Lo mismo sucede con César: cada generación no puede evitar contemplar al personaje a la luz de su propio tiempo, por lo que, en última instancia, tendríamos que preguntarnos si alguna vez hubo un César real. Es posible que ni siquiera sus amigos y enemigos pudieran responder con certeza a semejante cuestión, y, a dos mil años de distancia, nosotros, como es obvio,

no estamos en mejor disposición de hacerlo. Sabemos mucho de lo que hizo y, en ocasiones, sabemos también qué era lo que estaba intentando alcanzar y las razones que lo empujaban. A veces estamos al tanto de lo que en apariencia dijo, si bien sus palabras, preservadas por otros autores antiguos, están sujetas a los malentendidos y a las alteraciones propios de cualquier discurso transmitido por un tercero. Por último, de forma esporádica, César también fue retratado desde una perspectiva menos halagüeña (perdiendo la paciencia y actuando con precipitación, o incluso con una crueldad deliberada), lo que nos recuerda que, después de todo, era un ser humano, y por ende participaba de todas las complejidades de humor y temperamento que diferencian a los hombres y mujeres de los héroes.

La principal dificultad con la que se encuentran los historiadores que tratan de documentar las biografías de estos seres humanos archiconocidos estriba en penetrar más allá de la leyenda, confeccionando narraciones que ignoren o descarten todo ese conocimiento retrospectivo acumulado sobre los personajes, sobre sus peripecias vitales, sobre sus logros y, lo que es más importante, sobre el final de sus vidas. Quien redacta una biografía histórica, y también quien la lee, se ve irremediablemente influido por sus expectativas previas sobre el resultado final, pues incluso los lectores menos versados en la materia tendrán con toda probabilidad algunas ideas claras al respecto. ¿Acaso alguien comienza a leerse una biografía de César sin saber que fue asesinado en el 44 a. C., o que Napoleón no debió invadir Rusia y que acabó sus días exiliado en Santa Elena? Al contrario de lo que sucede cuando se revela quién es el asesino en las primeras páginas de una novela policiaca, no creo probable que ninguna de las anteriores afirmaciones estropee el final del presente libro a ninguno de sus potenciales lectores.

En teoría, para narrar con una cierta frescura una historia que ya ha sido contada en innumerables ocasiones, todo escritor debe esforzarse por actuar como un buen actor: con independencia de que un actor o actriz esté recitando su papel durante la enésima función o se disponga a rodar la décima toma de una misma escena, tiene que parecer que es la primera vez que pronuncia esas palabras y ejecuta esos gestos, y sus compañeros de escenario deben aparentar que nunca antes habían escuchado dichas palabras ni contemplado dichos gestos, y han de reaccionar en consecuencia. Durante toda su vida (*ca.* 100-44 a. C.), César conoció a personas, participó en acontecimientos y afrontó problemas armado tan solo con su propia experiencia y con su trasfondo familiar, además de con las costumbres sociales y con las leyes del entorno en

que le tocó vivir. Se vio forzado a considerar todas las circunstancias y a decidir qué hacer, cómo actuar o reaccionar, confiando en que sus decisiones terminaran resultando exitosas. Los resultados que deseaba o que trató de orquestar no estaban por fuerza preestablecidos ni garantizados, y en ninguno de los episodios de su vida contó con la ventaja de la que disfrutan hoy los lectores modernos, a saber, el conocimiento de lo que iba a suceder después. Es más, incluso cuando carece de ese mínimo conocimiento, el lector de un libro de historia o de una novela histórica, o el espectador de una película o de una obra de teatro, intuye, gracias al número de páginas que todavía le quedan por leer o a la proporción de la obra que aún no se ha representado, que, al menos hasta el clímax final, el personaje protagonista sobrevivirá a los problemas que le acucian. La única incógnita consiste en saber cómo sobrevivirá. En un *western*, por ejemplo, cuando al principio de la película el protagonista pasea por la calle sin apercibirse de que el cañón de un rifle le está apuntando desde la ventana superior de algún edificio cercano, por mucho que de forma voluntaria acallemos nuestra incredulidad y nos dejemos contagiar de la tensión del momento, sabemos que lo más probable es que el tirador termine errando el disparo, o que todo lo más inflija a su víctima una herida leve. Puesto que César sobrevivió hasta el 44 a. C., escritores y lectores son conscientes de que el personaje superó con éxito todas las dificultades que hasta entonces se le plantearon, lo que resta suspense a la narración. Esta última, por consiguiente, tendrá que centrarse en establecer cómo se afrontaron dichas dificultades.

A la hora de reconstruir la biografía de César, resulta imposible obviar por completo todos nuestros conocimientos previos. No podemos presentar la historia tal como César y sus contemporáneos la presenciaron, es decir, viviéndola paso a paso, anticipando las diversas consecuencias posibles de cada acto pero sin estar seguros de cuáles terminarían siendo sus resultados. En cada uno de los hitos significativos de su biografía, parece tentador reconocer los rasgos y características que le permitieron sobreponerse a los sucesivos dilemas que se le presentaron; mas, aunque semejante lectura puede resultar útil, también puede llevarnos a creer que su ascenso al poder era inevitable, presentándolo como un progreso mecánico de objetivo planificado en objetivo planificado, salvando cualquier obstáculo u oposición hasta la consecución de la meta final. Este tipo de aproximaciones soslaya los reveses registrados en las fuentes y los que nunca llegaron a recogerse por escrito, los errores, las oportunidades perdidas, los retrocesos, las obligadas alteraciones de los planes previstos y la forma, en ocasiones

despiadada, con la que César acostumbraba a manipular a personas y acontecimientos para subsistir y mantener sus ambiciones intactas. En la última línea de su prólogo, Canfora cita las siguientes palabras del *Arbeitsjournal* de Bertolt Brecht: «Escribiendo mi *César*, comprendí que no debía permitirme ni por un momento creer que las cosas necesariamente tenían que terminar como al final terminaron».¹

Con toda probabilidad, César tenía un concepto muy elevado de su propia valía y habilidades y es posible que se forjara una idea muy clara de en qué quería convertirse, pero ni siquiera él tenía la capacidad de predecir cómo iban a desarrollarse las cosas. Era inteligente, desde luego, pero no omnisciente y, en ocasiones, escapó de la muerte por los pelos, tan solo gracias a una combinación de osadía, rápidos reflejos, oportunismo y, con muchísima frecuencia, cierta dosis de suerte. En cualquier momento de su vida pudo haber sucumbido a una enfermedad o a un accidente fatal, pudo haber muerto en combate o asesinado, o bien pudo haber cometido algún error militar o político catastrófico al que ya nunca más hubiera logrado sobreponerse, un error que hubiera ensombrecido su figura, eclipsada por la de algún otro general o político más astuto. Pero incluso esta última hipótesis nos parece poco apropiada para César, quien nunca se rindió ni dejó que nadie le eclipsara. Nosotros sabemos que ningún desastre absoluto aniquiló a César hasta el momento de su asesinato, pero, hasta el 44 a. C., ni él ni sus amigos o enemigos estuvieron en disposición de vaticinar el éxito o fracaso de ninguna de sus empresas. Y es que la leyenda oscurece siempre la posibilidad del fiasco; se infiltra en todas y cada una de las dimensiones de la vida de César, tiñéndola del resplandor rosado del heroísmo.

Es imposible que los conocimientos acumulados sobre la biografía de alguien y su final no influyan en la interpretación de los acontecimientos que la componen, pero en lo referente a César no es ya solo su propia historia, sino su leyenda, lo que se infiltra y colorea su propio pasado. Cuando conocemos los detalles sobre la infancia y la juventud de algún héroe legendario o de algún villano, no suele ser difícil seleccionar aquellos detalles que enfatizan los rasgos que en apariencia presagiaban su futura excelencia o infamia; y, si carecemos de tales detalles, lo tentador es fabricar historias *ad hoc* que recreen cómo hubo de ser el niño que alcanzó la preeminencia en su campo. Puesto que la atención de las audiencias antiguas, al igual que la de los lectores modernos, se suele centrar en el éxito o en el fracaso del personaje adulto, la predisposición o no del infante a cumplir con su destino suele ser inmaterial, pero aun así aporta una cierta credibilidad a la noción de que su sino es-



Figura 1: Reverso de un denario acuñado en el 44 a. C., con Venus sosteniendo una Victoria en la mano derecha y un cetro en la izquierda. Está rodeada por la leyenda L.AEMILIVS BVCA, el nombre del magistrado encargado de la emisión, Lucio Emilio Buca.

taba marcado desde el momento mismo de su nacimiento. Quizá en el caso de algún héroe o villano esto pueda ser correcto, pero en la mayoría de las ocasiones, y en particular en lo que se refiere a César, carecemos de toda certeza al respecto, tal como ya antes señalamos. Varios autores modernos han insistido en sus trabajos en que la biografía y las hazañas de César no estaban, bajo ningún concepto, predestinadas.

Nada ilustra esto mejor que el famoso juego del «¿Y si...?», un ejercicio puramente académico, improductivo en lo tocante a los datos empíricos, pero que manifiesta las incertidumbres de una biografía a medida que avanza hacia delante, mucho más difíciles de aprehender si examinamos toda la historia en retrospectiva. ¿Y si César hubiera muerto, por ejemplo, por elegir un episodio al azar, cuando alcanzó la pretura en Roma y fue nombrado gobernador de la Hispania Ulterior? ¿Qué hubiera ocurrido entonces?

La historia de César hasta ese momento había sido agitada, pero bajo ningún concepto fuera de lo común. César pertenecía a la nobleza senatorial, mas su familia no era en exceso importante, con independencia de que el clan de los Julios pretendiera descender de la diosa Venus. Este tipo de alegaciones, a fin de cuentas, no era exclusivo de la familia Julia: muchas otras estirpes nobles decían tener a una o dos deidades entre sus ancestros. César tenía en su contra que carecía de ancestros humanos ilustres y, para empeorar las cosas, según Suetonio,² su padre había muerto cuando contaba apenas dieciséis años. Su único pariente varón célebre había sido su tío Cayo Mario, casado con su tía Julia, la hermana de su padre (también llamado Cayo Julio César). Pero la, por lo demás, espléndida carrera de Mario había acabado muy mal, de modo que su recuerdo no constituía precisamente una ventaja para el joven César. En vida, Mario había sido el enemigo mortal del dictador Lucio Cornelio Sila, por lo que un grave peligro se cernió sobre el sobrino de Mario cuando Sila se apoderó de Roma. Pese a todo, César desafió la orden de Sila de divorciarse de su esposa Cornelia y sobrevivió para contarlo, quizá gracias precisamente a su juventud, pese a que al parecer Sila reconoció en él la valía de varios Marios. Tras un breve periplo como fugitivo, el dictador le perdonó la vida y César pudo regresar a Roma. Participó en algunas acciones militares junto al gobernador de la provincia de Asia (en la actual Turquía occidental), que le valieron una condecoración al valor, y también en Cilicia. Retornó a la Urbe tras la muerte de Sila, pero no tardó en reemprender viaje, en este caso rumbo a Rodas para ampliar sus estudios, como solían hacer muchos jóvenes romanos. De camino, fue capturado por unos piratas y liberado a cambio de un rescate, tras lo que se apresuró a reunir un nutrido contingente de hombres para dar caza y ejecutar a sus secuestradores, tal como les había prometido que haría.³ Pero, una vez concluida esta fantástica escapada, César prosiguió con una carrera prototípica, sirviendo en una legión como tribuno militar y, a continuación, como cuestor (magistrado financiero) del gobernador de la Hispania Ulterior. Entre el 67 y el 62 a. C., desempeñó diversos puestos civiles y legales. Los romanos, al fin y al cabo, combinaban los cargos militares, civiles, políticos y religiosos durante sus carreras, por lo que, aunque en ocasiones se han escrito biografías sobre «César, el político» o «César, el general», en realidad nuestro personaje combinó ambos aspectos de la vida pública, igual que hicieron muchos otros hombres de su época. Antes del siglo II d. C., de hecho, no podemos separar en categorías distintas la carrera militar y la política de un romano.

Hasta el 62 a. C., en definitiva, la trayectoria vital de César no había sido espectacular. Pero ese año, cuando ya no le quedaba mucho para cumplir los cuarenta, fue elegido pretor. Las funciones oficiales de los pretores, cuyo número Sila había fijado en ocho durante su reforma del año 81 a. C., eran eminentemente jurídicas, pero en la práctica también podían dirigir ejércitos y, sobre todo, la pretura constituía el último peldaño de la escalera que conducía hacia la magistratura suprema, el consulado, cargo que César siempre había ambicionado y que terminaría alcanzando en el 59 a. C. Además, tras un año de ejercicio en Roma, a un pretor se le podía encomendar el gobierno de una provincia como procónsul, como en efecto sucedió con César, que tras su pretura fue nombrado gobernador proconsular de la Hispania Ulterior. Una vez en su provincia, César emprendió una campaña militar contra los lusitanos, que podían (o no) estar causando problemas. No en vano, este tipo de prácticas, muy habituales entre los gobernadores y toleradas en la práctica por el Senado, proporcionaban a quienes las impulsaban fama (o al menos notoriedad), experiencia en el gobierno y en el mando de tropas, y grandes cantidades de botín. Y, lo que es más importante, podían decantar unas elecciones, y no olvidemos que el nombramiento de los nuevos cónsules estaba ya a la vista.

Este excursus sintético por la vida de César demuestra que la carrera militar y civil de nuestro protagonista hasta el momento en el que alcanzó la pretura había sido prolongada pero prototípica, aunque quizá ya para entonces sus contemporáneos conocieran bien sus elevadas ambiciones, por lo que muchos de ellos le contemplarían con desconfianza o incluso temor. En efecto, aunque su carrera no fuera extraordinaria, es posible que César fuera, en sí mismo, un hombre singular. Por desgracia, los historiadores tienden a registrar las carreras y las hazañas, y no tanto los atributos y rasgos personales. Y si César, por ejemplo, se hubiera caído de su caballo o hubiera sido asesinado por un nativo de la Hispania Ulterior en el 61 a. C., ¿acaso su nombre habría pasado a la historia como algo más que un mero apunte en una nota a pie de página, en el mejor de los casos? ¿Algún historiador se habría detenido a relatar que Sila había pensado hacerlo ejecutar pero que había terminado cambiando de idea, y que había pedido a sus amigos que no quitaran ojo a aquel muchacho porque, según creía él, valía más que muchos Marios?⁴ ¿O acaso el relato de su captura por los piratas mediterráneos y su subsiguiente venganza se habrían preservado en alguna crónica como ejemplo de su despiadada determinación? Si la carrera de César se hubiera visto truncada poco antes del 60 a. C., ¿algún historia-



Figura 2: Busto de mármol del emperador Augusto (ca. 14-37 d. C.). Los retratos de Augusto formaban parte de un elaborado programa iconográfico de propaganda y buscaban transmitir dignidad y calma, presentando al emperador como el garante del orden y la paz. The Metropolitan Museum of Art, Nueva York.

dor antiguo habría sabido reconocer en él a un candidato al consulado con un ambicioso programa de reformas que pretendía sacar adelante pese a la oposición senatorial? ¿Quién hubiera podido prever que él iba a ser el conquistador de las Galias? ¿Que aquel pretor terminaría convirtiéndose en el amigo, y después en el más mortal enemigo, de Pompeyo Magno, y al final, en el primer dictador vitalicio?

Si César hubiera muerto en el 61 a. C. sin haber alcanzado el consulado, y puesto que no descendía de una familia importante que contara entre sus ancestros con una larga lista de cónsules que hubieran destacado en defensa de la República, es muy probable que no hubiera dejado excesiva huella en la historia de Roma. Su sobrino nieto y heredero, Cayo Octavio, recibió junto con su legado el nombre oficial de Cayo Julio César Octaviano, pero el joven nunca empleó este nombre, sino que, hasta que se le concedió el título de *augusto*, prefirió llamarse a sí mismo Cayo

Julio César, e insistió en que los demás hicieran otro tanto. Pues bien, Octavio todavía no había cumplido dos años cuando César ejerció como gobernador de la Hispania Ulterior, y por entonces nada hacía pensar que el pequeño terminaría adoptando su nombre y convirtiéndose en su sucesor. Al fin y al cabo, si el propio César no hubiera sobrevivido, no habría habido muchas propiedades que heredar, por no hablar de poder político ni reputación. Así que, sin un César vivo después del 61 a. C., tampoco habría habido ningún Augusto, y la historia del Imperio romano habría sido muy diferente. Y viceversa: sin Augusto, la leyenda de César no habría sido alimentada, fomentada, manipulada y remodelada hasta dar lugar a la historia con la que hoy estamos familiarizados. Su recuerdo pudo haberse extinguido si Octaviano Augusto hubiera optado por suprimirlo, pero el *princeps* hubo de recurrir a los aspectos más aplaudidos de la biografía de César para apuntalar su propio poder e influencia. Y otro tanto hicieron sus sucesores a partir de Tiberio, manteniendo así viva la leyenda de César e incluso adoptando su nombre, que se convirtió de esta manera en un título imperial. Tanto es así que, a la altura del siglo III, el nombre «augusto» señalaba a los emperadores supremos, mientras que el título «césar» estaba reservado para sus colegas subalternos, designados para sucederles.

Y es que la verdadera grandeza de César, y por ende su reputación, no se forjaron hasta los últimos años de su vida, entre el 60 a. C., cuando se presentó por primera vez a las elecciones al consulado, y el 44 a. C., cuando fue asesinado. Su carrera anterior únicamente cobra importancia cuando la contemplamos en retrospectiva. A tenor de su enorme reputación, en efecto, puede sorprendernos constatar que el ascenso de César al poder supremo y su ejercicio del mismo se restringieran a un periodo de menos de dos décadas. Antes del año 60 a. C., es verosímil que algunos de sus amigos y enemigos ya hubieran distinguido en él la vehemente ambición de ponerse al frente del Estado y subsanar sus muchas deficiencias. Según Suetonio, algunas voces acusaban a César de que ya durante los primeros pasos de su carrera política había participado junto a Craso en una conjura para derribar al gobierno, y el mismo autor sostiene algo después que, en una carta dirigida a un amigo, el orador Cicerón se preciaba de haber reconocido la tendencia de César al despotismo cuando este último no era más que un edil, mucho antes de ser elegido pretor o cónsul.⁵ También Plutarco atribuye a Cicerón el haber sido el primero en detectar que, tras la afable fachada de César, había un personaje muy distinto, insinuando así que el futuro dictador vitalicio sabía disimular con pericia lo peligroso que podía llegar a ser.⁶

Por otro lado, César no era el único romano interesado en reformar el Estado. En su época no era ya difícil identificar los defectos del gobierno y la manera en la que este se conducía, ni tampoco discernir posibles soluciones al respecto, pero hasta el momento solo se habían llevado a cabo ciertos esfuerzos limitados tendentes a remediar algunas de las deficiencias, abordándolas de manera escalonada. Desde la época de los dos famosos tribunos de la plebe, Tiberio y Cayo Graco, nadie había vuelto a afrontar la tarea en profundidad, y, si alguien se hubiera atrevido a intentar una reforma integral del Estado, todo el peso de la maquinaria estatal se hubiera puesto en marcha para detenerlo, dada la inmensa aversión que la clase dirigente romana sentía por quienes pretendían asumir el poder de manera individual. No obstante, es posible que César discutiera sus ideas con algunos amigos y que manifestara en su presencia cuáles eran sus proyectos futuros. Sabemos, además, que divulgó algunos de sus puntos de vista en el Senado, y que progresó lo suficiente como para alertar a un grupo de senadores que, con Catón a la cabeza, se unieron para oponérsele. Pero lo más probable es que ni siquiera los integrantes de este grupúsculo de detractores llegaran nunca a presagiar en lo que César terminaría convirtiéndose.

La leyenda en torno a nuestro protagonista fue afianzándose de manera sostenida a raíz de la conquista de las Galias y sus victorias en las guerras civiles. Muy pronto se convirtió en algo más que un ser humano. Por incómodo que les resultara a muchos, durante sus últimos años César recibió honores sin precedentes y acumuló unas cotas de poder muy superiores a las de cualquier otro político o general de su tiempo o del pasado.⁷ Mas no olvidemos que el propio César invirtió ímprobos esfuerzos en crear su leyenda presentándose tal como deseaba que se le contemplara, sobre todo durante su consulado y a lo largo de los diez años durante los que se prolongó la conquista de las Galias. Al fin y al cabo, sus *Comentarios* sobre sus hazañas en las Galias no fueron compilados en origen como una crónica histórica, sino que aspiraban a convertirse en el boletín de noticias de la época, diseñado para impresionar al público romano coetáneo y para ensalzar la imagen de su protagonista. Del mismo modo, durante las guerras civiles que libró contra sus opositores en el Senado, acaudillados por Pompeyo Magno, César adoptó de manera premeditada una política de *clementia*, por la que se mostró deliberadamente compasivo con sus enemigos derrotados. Este inusual comportamiento no complació a todo el mundo, bien es cierto, pero logró que los antiguos enemigos a los que perdonaba se sintieran en deuda con él, y que todo el mundo quedara, literalmente, a su mer-

ced. Además, llegados a este punto las posibles disensiones ya carecían de verdadera importancia, pues César se había hecho con el control absoluto del Estado. En efecto, en el verano del 46 a. C. el Senado acordó concederle todos los atributos de la distinción suprema, incluyendo una acción de gracias oficial de cuarenta días para festejar sus victorias y la cesión de setenta y dos lictores como acompañamiento de su carro triunfal. Los lictores, recordemos, eran asistentes que marchaban siempre en fila india por delante de un magistrado con *imperium* (la potestad para comandar ejércitos); como distintivo de su cargo, acarreaban siempre los fasces, unos haces de varas acompañadas de un hacha que simbolizaban la autoridad de los magistrados para arrestar, castigar e incluso ejecutar a sus conciudadanos (en época moderna, este símbolo y su propio nombre fueron recuperados por el fascismo). Por poner por caso, los cónsules, los magistrados más poderosos del Estado, tenían derecho a hacerse acompañar de doce lictores. Pues bien, a César se le concedieron seis veces esa cifra. Pero, más allá de tales honores, que lo distanciaron sin remedio de la gente ordinaria, también se le concedieron amplios poderes fácticos: el ejercicio de la dictadura durante diez años (derogando la ley que fijaba en seis meses la duración máxima de las dictaduras) y una amplia potestad como supervisor de la moralidad, *praefectus morum*. Se le otorgó, asimismo, el derecho de señalar candidatos para las elecciones a magistrados, el de sentarse entre los cónsules durante las sesiones del Senado, y el de tomar la palabra en primer lugar fuera cual fuera la cuestión debatida. El pueblo, reunido en asamblea, ratificó todos y cada uno de estos honores y prerrogativas mediante las correspondientes leyes. Y, como colofón a todo lo anterior, César terminó recibiendo el título de dictador vitalicio.⁸

En el año 44 a. C., cuando Octaviano asumió la herencia de César, no se encontraba en la mejor posición de salida debido a su juventud. Mas César se había encargado de respaldar como es debido dicha herencia en su testamento, adjuntando a este último una cláusula en virtud de la cual adoptaba a Cayo Octavio como su hijo y principal heredero. Y, si bien la adopción por vía testamentaria no era estrictamente legal, al hacer público Marco Antonio, el colega consular de César, el contenido del testamento, Octaviano quedó en disposición de hacer valer sus pretensiones a ojos de la gente. Pese a todo, el joven tuvo la precaución de conseguir que su adopción fuera ratificada por la ley, demanda que se vio frustrada en un primer intento pero que terminó siendo satisfecha cuando Octaviano alcanzó el consulado. Y es que, tras el asesinato de César, Marco Antonio, respaldado por

Marco Emilio Lépido y sus tropas, había alcanzado una frágil tregua con los asesinos, que se autoproclamaban «liberadores». Pero estos, más allá de librarse del tirano César, no dieron muestra de haber planeado cómo abordar el gobierno de Roma y las provincias, pues parece que pensaban que la República volvería a la vida como por arte de magia. Si Bruto y Casio hubieran optado por segar la vida de Marco Antonio además de la de César y se hubieran puesto ellos mismos al frente del Estado, Octaviano no hubiera contado con ningún apoyo sobre el que edificar su poder, ya que lo más seguro es que no hubiera sido practicable ni sensato para él enfatizar su conexión con César. Sin embargo, como no lo hicieron, Marco Antonio pudo persuadir al Senado de que ratificara las disposiciones de César y aboliera el cargo de dictador, lo que allanaba el camino de Octaviano, el cual pudo capitalizar las victorias de César y el respaldo popular a algunas de sus medidas sin hacer demasiado énfasis en la dictadura de su padre adoptivo. En ningún momento ocultó sus intenciones de vengarse de los «liberadores», desbaratando en parte todo lo que Marco Antonio había conseguido en su intento de pacificar Roma. Con el tiempo, Octaviano minimizaría incluso el paso de César por el mundo terrestre, y centraría sus discursos en César, el dios.⁹

De hecho, el propio César había dado en vida, puede que de manera intencionada, los primeros pasos hacia su divinización. Sabemos, por ejemplo, que en determinado momento se le erigió una estatua en el templo del dios supremo Júpiter, en la colina capitolina, junto con una inscripción en la que es probable que se le proclamara semidiós, aunque no conocemos con certeza su formulación. Pese a que su familia pretendía descender de la diosa Venus, César se apresuró a ordenar la retirada del epígrafe.¹⁰ No está claro si nuestro protagonista llegó a declararse a sí mismo semidivino, pero, aun en el supuesto de que no lo hiciera de manera oficial, todo apunta a que el pueblo estaba predisposto a aceptarlo como tal, y a que la idea se difundió con todavía mayor entusiasmo tras su muerte. Muy poco después de los idus de marzo y del magnicidio, un tal Amatio, que se decía descendiente de Cayo Mario, el tío de César, le dedicó un altar a este último en el lugar en el que había ardido su pira funeraria.¹¹ Amatio juró, además, vengar la muerte de César y congregó en torno a sí a toda una banda de rufianes. A fin de calmar la situación, Marco Antonio, actuando de forma perentoria y abiertamente ilegal, ordenó su ejecución sin juicio previo. El pueblo estalló en protestas y exigió la consagración oficial de un altar sobre el que todo el mundo pudiera ofrecer sacrificios. Como es



Figura 3: Reverso de un denario acuñado en el 36 a. C. por Augusto, que representa el templo del *divus Iulius*, el divino Julio, tal como se lee en el friso (DIVO. IVL.). Entre las columnas, imagen de Julio César, y a la izquierda, altar. En el frontón del templo aparece el *sidus Iulium*, la estrella de César.

evidente, tan súbita aceptación le resultó de una gran ayuda a Octaviano, pues la figura del divino César había cobrado con rapidez una respetabilidad y un relumbrón de los que nunca había gozado el dictador César. El altar, pues, permaneció en su lugar, y en el 42 a. C., durante el triunvirato de Marco Antonio, Octaviano y Lépido, terminó instaurándose oficialmente el culto al divino César, del que el propio Marco Antonio fue designado *flamen*, es decir, sacerdote.¹² Pese a todo, el templo del *divus Iulius*, emplazado en el lugar en el que se había levantado la pira funeraria de César, no se inauguró hasta el año 29 a. C. En la actualidad, conservamos tan solo un puñado de vestigios informes del edificio, situados en pleno corazón del Foro romano y pertenecientes en esencia a la masa cúbica del podio, despojada de todos y cada uno de sus sillares de revestimiento. En el lado orientado hacia la curia, no obs-

tante, se distingue un nicho semicircular que alberga los restos de una estructura redonda, erigida en sustitución del altar que se construyó en aquel mismo punto inmediatamente después del funeral de César. Los visitantes modernos todavía depositan flores y velas sobre este pequeño hito truncado.

Retomaremos en el último y relevante capítulo de este libro el debate sobre si César llegó a ser considerado un dios viviente o una mera deidad potencial cuyo reconocimiento no llegaría hasta después de su muerte; quedémonos por el momento con que Octaviano supo sacar buen provecho de la buena disposición popular a respaldar este nuevo culto, presentándose a sí mismo como *divi filius*, el hijo del dios, con el doble objetivo de sanear la memoria de César y de respaldar su pretensión al poder. La primera ocasión en la que tenemos documentado el empleo de este título data del 40 a. C., pero es probable que Octaviano esgrimiera el concepto desde el propio año 44 a. C. Esta última puede parecer una cuestión baladí, pero lo cierto es que ha alentado enardecidos debates. En cualquier caso, utilizara o no Octaviano un título que lo asociara con el divino César desde los momentos inmediatamente posteriores al magnicidio, lo que sí es seguro es que el futuro *princeps* se apresuró a sacar partido de un oportuno fenómeno astronómico: el cometa que apareció durante la celebración de los juegos dedicados a la memoria de César en verano del 44 a. C. El astro, visible durante siete días sucesivos, fue bautizado de inmediato con el nombre de *sidus Iulium*, la estrella de César.¹³ Y es que, aunque los romanos solían percibir los cometas como malos augurios, Octaviano logró revertir la interpretación de aquel presagio concreto considerándolo un signo de la apoteosis de César, y parece ser que el pueblo no planteó grandes objeciones a la idea de que su antiguo gobernante había sido admitido en la asamblea de los dioses. Por ello, Octaviano mandó colocar una estrella sobre la cabeza de las estatuas de César, así como sobre la efigie de las monedas acuñadas tras su muerte. Potenciando de esta forma la divinidad de su padre adoptivo y, por añadidura, su propia posición privilegiada, Octaviano cortejó y se ganó a la mayoría de los antiguos simpatizantes y partidarios de César. Es más, el recuerdo del *sidus Iulium* continuó movilizándose (y explotándose) durante mucho tiempo. Incluso cuando años después Octaviano asumió el nombre de Augusto y se hizo firmemente con las riendas del Imperio, el cometa continuó figurando en las obras de los poetas y literatos de su círculo literario. No sucede lo mismo, en cambio, con los biógrafos e historiadores posteriores que trataron las figuras de César y Augusto, en cuyos escritos la



Figura 4: Reverso de un denario de Augusto acuñado en Hispania entre el 19 y el 18 a. C., con una representación del *sidus Iulium*, el cometa que apareció en el verano del 44 a. C. sobre los cielos de Roma durante la celebración de los juegos en honor del asesinado César.

estrella apenas aparece ya mencionada, desprovista de buena parte de su significado.

La leyenda creada y alimentada por Octaviano Augusto concretaría el programa ideológico que César había diseñado para gobernar el Estado, pues eso fue justo lo que Augusto logró hacer. Pero lo cierto es que la leyenda no cristalizó por completo, sino que se fue transformando durante el largo reinado del *princeps*. Con el tiempo, Octaviano Augusto fue presentando la historia de César de diversas maneras, sin renunciar nunca a enfatizar su propia relación con su padre adoptivo, pero acentuando sucesivamente aquellos aspectos positivos que resultaran más apropiados con las circunstancias de cada momento. Y, gracias a lo extenso de su gobierno, dispuso de tiempo suficiente para manipular la leyenda para la posteridad sin llegar a suprimir por completo los registros. Augusto permitió que la memoria del César dicta-

dor se desvaneciera, pues no le proporcionaba una base sólida sobre la que construir su propio gobierno, mientras que el recuerdo del divino César era infinitamente más aceptable. Por ejemplo, parece que Augusto llegó a destruir algunos de los más tempranos escritos literarios de César, como una tragedia sobre Edipo y un texto en torno a Hércules. En efecto, según Suetonio, Augusto le remitió una carta a su bibliotecario Pomponio Mácer para vetar la publicación de las obras menores de César.¹⁴ Los trabajos literarios de juventud del futuro dictador, al fin y al cabo, podrían haber socavado la imagen que Augusto estaba modelando con todo cuidado de sí mismo y de su padre adoptivo. Es muy posible, en todo caso, que semejantes escritos no hubieran sido de gran ayuda a los historiadores antiguos o modernos interesados en esbozar un retrato personal o una biografía del personaje.

Augusto también censuró algunas otras obras de diferentes autores, casi todas de naturaleza hostil o peyorativa contra César, pero el hecho de que los historiadores y biógrafos antiguos posteriores a Augusto pudieran acceder a diversas fuentes de información y a registros oficiales indica que no se llegó a producir una destrucción sistemática de la documentación concerniente al personaje. Los materiales que tuvieron a su alcance los escritores antiguos fueron, de hecho, claramente más copiosos que los que conservamos hoy en día. Por ejemplo, Suetonio cita parte de la correspondencia privada que César mantuvo con Cicerón y con algunos otros personajes del entorno de este, documentos que no han llegado hasta nosotros, porque con toda probabilidad se perdería en algún momento de la Antigüedad tardía. Ni siquiera podemos discernir, por cierto, si la pérdida de todos estos escritos antiguos fue accidental o tuvo lugar a resultas de una política deliberada promovida por los emperadores ulteriores. Solo cuando los antiguos biógrafos aluden a sus fuentes, sus palabras nos proporcionan una información fundamental sobre una documentación desaparecida para siempre. Algunos fragmentos de escritos perdidos se conservan insertos en las obras de escritores posteriores y nos resultan de suma utilidad para reconstruir la biografía de César, bien es cierto, pero, como sucede con cualquier otra fuente antigua, también en estos casos debemos reflexionar con cuidado sobre su fiabilidad. Siempre hemos de tener en cuenta el contexto en el que trabajó cada escritor, sus prejuicios e inclinaciones y sus posibles intereses personales, si bien no siempre es fácil disponer de los datos necesarios al respecto. Así como los libros de historia modernos pueden estar sujetos a la aproximación sesgada de su autor, los historiadores antiguos podían verse influenciados por sus contextos sociales y

sus experiencias personales. Es más, cada generación pergeñó su propia versión sobre César, compatible con la mentalidad de su tiempo. En una época imperialista, César podía ser considerado un héroe, por mucho que en la actualidad no se nos ocurra interpretar en clave heroica la matanza que desencadenó contra la tribu gala de los eburones, ni creamos misericordiosa su decisión de perdonar las vidas de sus prisioneros galos, contentándose con amputarles las manos antes de enviarles de vuelta a casa. En la era moderna, la gente ha llegado a deplorar este tipo de actuaciones, aunque quizá no lo suficiente como para impedir que se sigan produciendo.

Y, sin embargo, la leyenda de César pervive, basada en las fuentes que sí que han llegado hasta nosotros. Entre las evidencias literarias, destacan los *Comentarios* del propio César, en los que este relató con sus palabras la conquista de las Galias y las guerras civiles que le auparon al poder supremo. César nunca llegó a concluir sus libros sobre las guerras civiles, bien es cierto, pero sus anotaciones sirvieron para que sus oficiales se encargaran de completar el trabajo. Todas estas obras conformaron una buena parte de la leyenda de César durante la Antigüedad y el Medievo, hasta el punto de que no pocos reyes y líderes militares leyeron y analizaron con fruición las campañas cesarianas. Los sucesos descritos en estos textos, a fin de cuentas, seguramente nos lleguen algo exagerados para conseguir un mayor dramatismo, pero no pudieron ser inventados ni falseados por completo. Con amable desenvoltura, César reconoce sus errores y fracasos; al fin y al cabo, es difícil que pretendiera no haber cometido ninguno, ni tampoco los podría haber pasado por alto en sus crónicas, pues muchos de sus contemporáneos habían sido testigos de los acontecimientos. Además, al admitir los complejos dilemas en los que se vio envuelto, César no hace sino enfatizar el mérito de sus éxitos.

Los últimos cinco años de la hegemonía de César constituyen el periodo mejor documentado de su vida y de su época. Al igual que sucede con la Guerra de las Galias, conservamos crónicas sobre los acontecimientos de las guerras civiles al parecer redactadas por el propio César, aunque la autoría de las *Guerras Civiles*, la *Guerra de Alejandría*, la *Guerra de África* y la *Guerra de Hispania* no es segura. De hecho, lo más probable es que la *Guerra de Alejandría* fuera redactada por Aulo Hircio, uno de los oficiales de César, al que también se le atribuye la última parte de la *Guerra de las Galias*. Ignoramos quién compiló los libros sobre las contiendas de África e Hispania, pero parece evidente que presentan un estilo y un tipo de aproximación distinto a los del resto

del corpus. Es posible, pese a todo, que César elaborara borradores que sirvieran de punto de partida al autor o autores de cada obra. Es por ello por lo que, en aras de la conveniencia y simplicidad, todos estos libros suelen atribuirse al propio César y como tal se citan. Pero, a la ingente cantidad de especificaciones que todos ellos recogen, hemos de sumar también las informaciones proporcionadas por la correspondencia que Cicerón intercambió con sus amigos, en especial con Ático. Por otra parte, los historiadores posteriores como Plutarco, Suetonio, Apiano o Dion Casio usaron las crónicas de César, pero en ocasiones transmiten versiones distintas de los hechos. Es imposible, pues, desgranar la historia completa de las guerras en un par de capítulos, ya que la extensión de estos terminaría siendo mayor que la del propio libro, por lo que cada historiador debe seleccionar qué detalles prefiere incluir; problema este al que debieron enfrentarse los autores antiguos y que, asimismo, debe afrontar cualquier estudio moderno.

Podemos debatir, de hecho, la utilidad de los escritos de César para los historiadores modernos. No contamos con ninguna otra fuente que nos ofrezca tantos detalles sobre la Guerra de las Galias y las guerras civiles hasta el final de la hegemonía de César, pero no podemos olvidar que todos estos textos fueron redactados con un claro afán propagandístico y no necesariamente con una finalidad histórica, por lo que no siempre son ilustrativos de la política de su época ni de ningún punto de vista que no fuera el del propio César. De ahí la gran importancia de las cartas de Cicerón, pues en ellas se trasluce otra visión coetánea de los hechos al tiempo que se nos dan algunas pistas de lo que ciertas personas de la época pensaban sobre las actuaciones de César.

Antes se creía que la correspondencia de Cicerón no llegó a ser publicada hasta el reinado de Nerón, pero en la actualidad parece seguro que fue Tito Pomponio Ático, uno de los amigos de Cicerón, quien se encargó de preservar y reunir las cartas intercambiadas entre ambos, sin perjuicio de que también conservemos unas cuantas misivas que Cicerón remitió a algunas otras de sus amistades. Ignoramos, no obstante, si parte de estas cartas pudo ser objeto de una manipulación deliberada, ya fuera por iniciativa de Augusto, como sospecha Carcopino, o de algún otro.¹⁵ Goldsworthy sugiere que, antes de publicar las cartas, el propio Ático pudo eliminar ciertos elementos que le resultaran comprometedores. Mas, se encuentre adulterada o no la correspondencia que ha llegado hasta nosotros, no olvidemos que en la Antigüedad circularon extensas compilaciones de cartas intercambiadas entre Cicerón y César y entre Cicerón y Pompeyo, que, como seguramente muchas otras, se

han perdido para siempre. Y es que, cuando Augusto logró afianzarse en el poder absoluto, pudo mostrarse magnánimo con sus antiguos enemigos, entre los que sin duda destacaba Cicerón, uno de los peores adversarios de César gracias a su pluma y a su persuasiva oratoria. Aunque Marco Antonio cargó con toda la responsabilidad por el asesinato de Cicerón, no debemos olvidar que Octaviano también tomó parte en la proscripción de los potenciales enemigos del nuevo régimen del Triunvirato. Ni tampoco que tiempo atrás Cicerón había apoyado los primeros pasos de Octaviano en la esfera política, creyendo que podría manejarlo durante un tiempo y que después podría deshacerse de él sin problemas, tal como el propio orador reconoció mediante un ingenioso juego de palabras en latín: el muchacho, según él, debía ser «ensalzado», aunque el vocablo empleado por Cicerón, *tollere*, también podía significar «aniquilado». En resumidas cuentas, no existía razón alguna por la que Octaviano debiera profesarle el más mínimo cariño a Cicerón. Pero, una vez que Octaviano se convirtió en Augusto y se afianzó en lo posible en la cúspide del Estado, y una vez que el difunto orador ya no podía suponer una amenaza para el *princeps*, este último podía, por lo menos, tolerarle.

Augusto podía tolerar del mismo modo el recuerdo de Marco Porcio Catón el Joven, quien durante años se había opuesto de manera sistemática, y en ocasiones con virulencia, a los proyectos de César. Cuando se hizo evidente el fracaso de la causa republicana, Catón prefirió suicidarse antes que acogerse a la política de *clementia* cesariana. Pero, lejos de ser considerado una *persona non grata*, Catón se convirtió en un héroe de la literatura augustea. Uno de los primeros escritores en considerarlo como tal fue el historiador Salustio, quien según sabemos se retiró de la vida pública poco después del asesinato de César. Este historiador había comenzado su carrera como partidario de César, pero con el tiempo sus opiniones se habían tornado más equívocas, de la misma manera que al principio había mostrado en sus escritos una gran hostilidad hacia Catón pero, cuando emprendió el relato de la supuesta conspiración de Lucio Sergio Catilina, no tuvo reparo en afirmar que los dos hombres más virtuosos de la época habían sido César y Catón, cuyos destinos se habían cruzado por primera vez durante el levantamiento. Resulta llamativo que semejante retrato de Catón apareciera antes de que Octaviano se hubiera afianzado por completo en el poder, es decir, cuando Marco Antonio y Cleopatra todavía estaban en escena. En época augustea, tanto Virgilio como Horacio ensalzaron la figura de Catón al considerarlo un héroe republicano, en tanto que César no

fue tan recordado por sus hazañas en el reino de los mortales como por su apoteosis y por su relación con el *sidus Iulium*, el cometa que había aparecido tras su muerte y que Octaviano Augusto interpretaba como signo de que César había ascendido al reino de los cielos (o, en palabras de Suetonio, *in caelum recepti*).¹⁶

Otro historiador retirado de la vida pública, como Salustio, fue Asinio Polión, quien emprendió su carrera con César, se unió después a Marco Antonio y al final consiguió subsistir bajo el mandato de Augusto hasta el momento de su fallecimiento en el 4 d. C. Su obra, no conservada, cubría el periodo entre el 60 y el 42 a. C., es decir, entre el primer consulado de César y la batalla de Filipos en la que Marco Antonio y Octaviano derrotaron a los liberadores Bruto y Casio. Hemos de lamentar la pérdida de esta obra, pero al menos sabemos que fue empleada por los historiadores del siglo II, Plutarco y Apiano, quienes seguramente la encontraron más precisa y analítica que los propios recuentos cesarianos sobre la Guerra de las Galias y las guerras civiles, y un valioso contrapeso a las exégesis augusteas de los últimos años de la República y los primeros del Imperio.¹⁷ Estos historiadores posteriores también se valieron de la obra de Tito Livio (o Livio, como se le suele conocer), nacido *ca.* 59 a. C. y fallecido casi seguro en el 17 d. C., aunque ninguna de estas fechas es segura. Su ciclópea historia de Roma, por consiguiente, fue redactada durante el gobierno de Augusto. Por fortuna, muchos de los historiadores posteriores emplearon los trabajos de Livio y a menudo los citaron, pues los últimos treinta y un libros de su *Historia*, referidos a las cuatro convulsas décadas que mediaron entre el 48 y el 9 a. C., no se conservan y solo nos han llegado en forma de breves resúmenes (*periocas*) redactados probablemente en el siglo IV. A juzgar por el número de libros que Livio requirió para describir los acontecimientos del periodo, hubo de reunir un enorme volumen de información detallada de la que ya nunca dispondremos los historiadores modernos. La perspectiva de este autor sobre César, sin embargo, no era precisamente adulatoria. Una de las referencias más interesantes al respecto nos llega a través de la obra de Séneca, quien afirma que Livio se llegó a preguntar si el nacimiento de César había sido necesariamente positivo para el Estado romano.¹⁸ Para entonces, en cualquier caso, Augusto estaba ya cómodamente instalado en el poder y podía mostrar cierta indulgencia, por lo que toleró el reconocido republicanismo de Livio e incluso se permitió motejarle cariñosamente de «pompeyano».

La historia de Livio fue empleada también por Veleyo Patérculo, quien escribió ya bajo el reinado de Tiberio, en una época en la que el

culto augusteo a César ya había arraigado. Los pasajes que Veleyo toma de Livio no los mencionan otros autores, por lo que su obra sufre en parte nuestro desconocimiento sobre los libros livianos. Veleyo sintetizó con brevedad el preludeo del ascenso al poder de César y dedicó veinte capítulos de su segundo libro al periodo que medió entre su consulado del 59 a. C. y el advenimiento de Octaviano. Según confesó él mismo, César «me coge de la mano mientras escribo y me fuerza a detenerme en él». ¹⁹

Cuando Plutarco y Suetonio redactaron en el siglo II d. C. las dos principales biografías conservadas de César, la leyenda cesariana ya había cristalizado. Los emperadores empleaban el título *Imperator Caesar* en sus decretos e inscripciones, algo que, hasta la época de Nerón, el último de los Julio-Claudios, denotaba una (tenue) conexión familiar con el personaje, pero también las poderosas connotaciones que ya resultaban inherentes al nombre de César. A partir de Vespasiano, sin embargo, los emperadores ya no podían pretender ser descendientes de la extensa familia de César, por lo que el nombre se convirtió definitivamente en un título imperial. Eso garantizó que César no cayera en el olvido, ni siquiera en la Europa moderna, en la que su nombre dio lugar a títulos como káiser o zar. Tanto en la Antigüedad como en el presente, de hecho, se discutió y se continúa discutiendo si el verdadero fundador del Imperio fue César o su sobrino nieto Augusto. Es más, habida cuenta de la forma en que César quedó firmemente inserto en la estructura de poder imperial, todo aquel que pretendiera escribir sobre él tendría que reconocer su grandeza y sus logros, pues negarlos hubiera supuesto cuestionar o incluso criticar al emperador reinante. Pese a todo, parece que los historiadores también pudieron hablar con libertad de los fracasos de César, siempre y cuando lo hicieran basándose en datos verídicos. Tal como ya se mencionó, Livio incluso pudo sugerir que el advenimiento de César no fue por fuerza lo mejor para Roma, sin incurrir por ello en la ira de Augusto ni desatar sus represalias, las cuales, de haber llegado, no hubieran hecho sino corroborar la opinión de Livio.

Es posible que Plutarco naciera a mediados de la década de los 40 d. C., aunque la fecha no es segura. Procedía de Queronea, en Grecia, y utilizó su lengua nativa para componer la que sería su obra más conocida, las comúnmente llamadas *Vidas paralelas*, en las que fue emparejando a cada personaje célebre griego con uno romano, y en las que equiparó a César con Alejandro Magno. A la hora de elegir sus emparejamientos, Plutarco no se contentaba con buscar personajes estrictamente contemporáneos, sino que optaba por seleccionar hombres

de diversas épocas cuyas carreras le parecieran equiparables. Su objetivo declarado era el de compilar biografías y no crónicas, documentando personalidades más que acontecimientos, por lo que no se detuvo en desgranar descripciones detalladas de batallas ni de problemas políticos, pues consideraba que tales discursos no revelaban demasiado sobre los personajes ni sobre sus formas de pensar. Como algunos otros autores, Plutarco manejó la hoy perdida crónica de Asinio Polión, reputada, como ya dijimos, por analizar escrupulosamente sucesos y personajes y por proporcionar una visión equilibrada de las obras de Cicerón y Salustio, y de las del propio César. De hecho, sabemos también que cuando Plutarco redactó sus escritos todavía se conservaban muchas más obras de Cicerón de las que han llegado hasta nosotros.

Como Plutarco, también Suetonio tuvo acceso a varias fuentes de las que no disponemos los historiadores modernos, incluyendo probablemente los fondos de los archivos imperiales, al menos en lo referente a las primeras de sus biografías, cuando su relación con el emperador Adriano todavía no se había deteriorado. En efecto, se cree que en algún momento debió de estallar una seria disputa entre Suetonio y el emperador, en virtud de la cual, a partir de la biografía de Domiciano, el erudito tuvo que emplear menos material de archivo y más anécdotas y rumores. Pero, en lo referente a la biografía de César, Suetonio pudo valerse de ciertos datos preservados por los contemporáneos del personaje, por lo que su trabajo destila una singular frescura que no se encuentra en ninguna otra crónica.²⁰

En resumidas cuentas, ni Plutarco ni Suetonio se preocuparon demasiado por el trasfondo social, político o militar de sus protagonistas. Si bien es cierto que ambos escribieron unos doscientos años después de la muerte de César, se podría argumentar que el ritmo de las transformaciones había sido lento durante el último siglo antes de la era cristiana y las dos centurias subsiguientes, por lo que los lectores de los dos biógrafos estarían familiarizados con el estilo de vida y las costumbres del periodo en el que habían vivido sus personajes. Y otro tanto sucedió con autores como Apiano y Dion Casio, quienes hablaron de César en el marco de sus amplias historias de Roma, por lo que, aunque no se detuvieran en documentar los cambios acaecidos en la vida social y política, de sus narrativas se podían deducir claramente los precedentes destinados a acarrear consecuencias a largo plazo. Su atención solo se centró en las transformaciones cuando les pareció preciso para algún propósito concreto, como cuando Dion Casio describió la era previa a la muerte de Marco Aurelio como una época dorada, desintegrada

inmediatamente después en una vorágine de sangre y fuego. De ninguna otra manera Dion podría haber expresado mejor (ni con mayor amargura) su opinión sobre el reinado de Cómodo y sus sucesores, que pudo presenciar en primera persona.²¹

En cualquier trabajo moderno focalizado en un personaje histórico, y más aún si hablamos de alguien que vivió hace unos dos mil años, resulta hasta cierto punto imprescindible dedicar algo de atención al contexto en el que nuestro protagonista vivió y trabajó, aunque solo sea para ahorrarnos la necesidad de explicar en cada ocasión las leyes, costumbres, precedentes y procedimientos que una y otra vez se fueron cruzando en la trayectoria de nuestro objeto de estudio. Por ende, el siguiente capítulo tratará de describir el mundo en el que Julio César nació y se crió. El mundo en el que dio los primeros pasos de cuantos le llevarían a convertirse en el protagonista de nuestra historia.

NOTAS

1. Canfora, L., 2007, ix.
2. Suetonio, *Vidas de los doce cesares*, DJ 1.1.
3. Plutarco, *César 2*; Suetonio, *Vidas de los doce cesares*, DJ 4.2.
4. Plutarco, *César 1*; Suetonio, *Vidas de los doce cesares*, DJ 1.3.
5. Suetonio, *Vidas de los doce cesares*, DJ 9.1-2.
6. Plutarco, *César 4*; Waterfield, R., 1999, 502 comenta la maestría de César a la hora de parecer menos peligroso de lo que en realidad era.
7. Sobre los honores: Gelzer, M., 1968, 278; Meier, C., 1995, 432-434; y, sobre el poder: Goldsworthy, A. K., 2006, 600.
8. Dion Casio, *Historia Romana*, 43.14; Suetonio, *Vidas de los doce cesares*, DJ 76.1; Cicerón, *Ad Fam.* 9.15.5; Gelzer, M., *op. cit.*, 278, n. 1.
9. Goldsworthy, A. K., *op. cit.*, 602: «Resulta difícil refutar la idea de que César fue declarado semidivino antes de su muerte, y puede que incluso dios».
10. Cicerón, *Ad Fam.* 10.21.4; carta de Planco a Cicerón, del 15 de mayo del año 43 a. C., acerca de los canidios y los rufrenos; *vid.* también *I. L. S* 73 y 73a.
11. Canfora, L., *op. cit.*, 342; Apiano, *BC* 3.2-3 y 36.
12. Cicerón, *Filípicas* 2.43.1 sobre Marco Antonio como *flamen*.
13. Suetonio, *Vidas de los doce cesares*, DJ 88.
14. Suetonio, *Vidas de los doce cesares*, DJ 56.7.
15. Taylor, L. R., 1949, 186, n. 3, en referencia a J. Carcopino y su trabajo *Les Secrets de la Correspondance de Cicéron* (1947).
16. Suetonio, *Vidas de los doce cesares*, DJ 88; Taylor, L. R., *op. cit.*, 178-179; Goldsworthy, A. K., *op. cit.*, 7.

17. Grant, M., 1972, 239 para una rectificación de la traducción proaugustea; 240-241 para la dependencia de Apiano respecto de Polión, por ejemplo, en lo relativo a sus comentarios desfavorables sobre Planco.
18. Taylor, L. R., *op. cit.*, 179 y 240, n. 70, citando a Séneca, *NQ* 5.18.4, frag. 48, ed. Weissenborn.
19. Vel., 2.41.1.
20. Canfora, L., *op. cit.*, xv.
21. Dion Casio, *Historia Romana*, 72.36.4.

DESPERTA FERRO



EDICIONES

DESPERTA FERRO

Libro completo [aquí](#)

EDICIONES



Parte figura histórica, parte leyenda, Julio César fue uno de los grandes personajes de la Antigüedad y un individuo complejo: político brillante y maquiavélico, general genial, afortunado e implacable, un consumado conductor de hombres de agitada vida sentimental... Una imagen deformada tanto por la propaganda que el propio César vertió a la posteridad en sus *Comentarios* como por las sucesivas capas de ornato que, desde la Antigüedad hasta el presente, los historiadores han ido añadiendo a la vida del Divino Julio. Cribar entre realidad y leyenda es lo que plantea Patricia Southern, autora de libros como *El Ejército romano del Bajo Imperio* o *Augusto*, para mostrar que la vida de César fue extraordinaria, sí, pero que distó mucho de ser una trayectoria ineluctable, con un destino inevitable, sino que fueron el implacable carácter del personaje y sus decisiones –además de más de un guiño de la diosa Fortuna– las que condujeron a aquel.

Si antes de su consulado en el 59 a. C. César era un senador más, en los siguientes quince años una extraordinaria sucesión de maniobras políticas y campañas militares le llevaron a acumular un poder inmenso, más del que ningún romano hubiese reunido nunca, apuntando al gobierno unipersonal que su hijo adoptivo Octavio finalmente instaurase. Desde la juventud de un patricio vanidoso y petulante a su asesinato, acaso el más célebre magnicidio de la historia, seguir la vida de César es asomarse a un tiempo y una vida convulsos, entreverados de leyenda, pero que este libro despeja para arrojar luz sobre el hombre que hubo detrás del mito.

ISBN: 978-84-123817-0-2



9 788412 381702

P.V.P.: 26,95 €

**HISTORIA
ANTIGUA**